

de la preceptiva neoclásica frente a otras formas de hacer teatro. A este respecto, González del Castillo defiende el gusto del público frente a los preceptos neoclásicos de una minoría, y la finalidad lúdica del teatro. También se analiza la innovación en el uso del lenguaje, que se configura en pieza clave de la comicidad del sainete.

Por su parte, Marieta Cantos Casenave en «La sociabilidad dieciochesca como trasunto literario» estudia la armonía entre lo social y lo individual como fundamento de la felicidad, que conlleva una reforma de las costumbres, una crisis moral y un debate entre conservadores y reformistas llevado al terreno público a través de numerosas publicaciones. En este contexto, habría que mencionar algunos sainetes, nacidos para dar cuenta de esos cambios en la sociabilidad del hombre estudiados en particular en relación con la ciudad de Cádiz.

Esto lleva a González del Castillo a buscar los espacios claves para esa sociabilidad: en el caso del mundo rural será la plaza del pueblo, en la ciudad alguna de sus plazas o calles principales e interiores muy variados que comprenden desde la casa de un humilde artesano a la taberna. Los espacios sociales traen consigo una serie de actividades como la del comer o el beber, la transacción agrícola u otras. Se produce así una fuerte secularización de la vida urbana frente a la rural regida aún por los tiempos que marca la vida litúrgica. Desde aquí se contemplan formas más complejas de sociabilidad como las reuniones en las boticas o las de nobles en el ambiente rural, sin olvidarnos de los emergentes cafés, y se observa la variación entre los comportamientos públicos y privados, cortejo incluido. Pero todo siempre desde un punto de vista de la censura de vicios que el sainetista nos muestra igual de reprobables en los nobles que en los plebeyos.

La edición sigue la realizada por Leopoldo Cano para la Real Academia Española en 1914, aunque cotejada. Los sainetes

incluidos son: *El baile desgraciado y el maestro Pezuña*, *La boda del Mundo Nuevo*, *Los caballeros desairados*, *El Café de Cádiz*, *La casa de vecindad* (primera y segunda parte), *El cortejo sustituto*, *El desafío de la Vicenta*, *El día de toros en Cádiz*, *Los literatos*, *El lugareño en Cádiz*, *La maja resuelta*, *El marido desengañado*, *El maestro de la tuna* y *El robo de la pupila en la feria del Puerto*. Completa el volumen un utilísimo glosario de términos que hace aún más interesante esta completa edición.

Pablo A. García Malmierca

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de
Obras Completas. Tomo VII: Diario, 2.^a
(Cuadernos V, conclusión, VI y VII). Edición crítica, prólogo y notas de María Teresa Caso Machicado y Javier González Santos. Oviedo: Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII, Ayuntamiento de Gijón, 1999.

De la intensa actividad política, científica, filológica, humanística en definitiva desarrollada por Gaspar Melchor de Jovellanos, quedó paulatina constancia en la edición que iniciará el profesor Caso González y de la que se ofrece ahora un nuevo volumen.

A través de estas necesariamente sucintas y selectivas notas, tomadas sistemáticamente por el escritor asturiano día tras día, con su correspondiente información meteorológica, no sólo podemos saber de su incesante «trasiego de papeles» (9-X-1794, p. 26), de sus ininterrumpidas lecturas (Rousseau, Gibbon, Escalona, Condillac, Condorcet; Luzán..., aparte de los clásicos), de su vinculación con el panorama literario de la época y del proceso de creación y difusión de las obras gestadas por entonces (concluye su emblemático *Informe sobre la Ley agraria* y redacta varios artículos enciclopédicos); sino que la idea que se nos da de sus múltiples inquietudes, preocupaciones,

curiosidades y ambiciones, comunes a muchos de sus coetáneos defensores del progreso —con los que mantiene relación personal y epistolar—, permiten reconstruir el talante de un personaje clave de la cultura dieciochesca.

El *Diario* da cuenta, con la minuciosidad y constancia esperables, tanto de los hábitos cotidianos (paseos, poda y plantíos, misa, «chimenea...») y vida social (visitas, conversación, tertulias, partidas, convites...) de Jovellanos mientras residía en Gijón, como del orden llevado puntualmente en su contabilidad y correspondencia (con alusiones a las «mil cartas» [p. 58] o «largo correo» [p. 66] despachado, junto con la nómina de destinatarios y ocasionales extractos del contenido). También resulta ser un valioso instrumento para conocer directamente sus iniciativas e incansable intervención en la esfera pública: su labor docente en el Real Instituto Asturiano, sus periódicas gestiones administrativas y encargos de libros, o su participación en la Sociedad Económica Matritense, el Consejo de Órdenes Militares y otras instituciones, procurando siempre, como dice a propósito de su *Informe sobre la Ley Agraria*: «que se adopten mis proposiciones por el bien que pueden producir» (p. 66) y con la misma confianza que refleja en la *Noticia del Real Instituto Asturiano* en que «los progresos de su educación en la virtud, y en las letras llenan de consuelo a Asturias y a toda España» (p. 61).

A ello se añade el alcance que adquiere la obra si se tiene en cuenta que asimismo quedaron consignadas en sus páginas juiciosas impresiones sobre la situación política e historia internacional (Termidor y avatares subsiguientes, movimientos de las tropas inglesas), nacional (desde la amenaza francesa en los Pirineos que motivó el traslado de fábricas de armas a Asturias, a sus cartas finales al Príncipe de la Paz) y

local (obras públicas del Nalón, menesteres del Consejo...), nunca desatendidas por el autor. De este modo, la lectura del *Diario* propicia una inmersión en nuestro *modus vivendi* intelectual de finales del siglo XVIII.

Como buen ilustrado, Jovellanos fue también un atento viajero, consignando todo lo observado. Es así como tenemos puntual noticia de sus periódicos desplazamientos por la Península (fundamentalmente a Oviedo) con diversos fines, si bien el «mayor escollo» (en palabras de Julio Somoza) se presenta en lo que se ha venido llamando el «viaje de pruebas a La Rioja», al que dedicó un buen número de jornadas.

Por esta razón se hace especialmente destacable la inclusión en esta cuidada edición. A ello cabe añadir el aliciente de las ilustraciones, los dibujos del propio Jovellanos y un índice con el registro temporal y tabla de desplazamientos, así como un valioso material cartográfico que viene a ilustrar los itinerarios de don Gaspar.

De la variedad de cuanto podemos encontrar en el volumen dan fe, en fin, los editores en el prólogo al referirse al *Diario* como una «crónica donde a las anécdotas y sucesos cotidianos se siguen reflexiones profundas acerca de la política nacional o internacional, juicios de obras literarias y prensa periódica, viajes histórico-artísticos, comisiones científicas, económicas y secretas, con toda una catarata de información y descripciones» (p. XVII), todo lo cual lo convierte en la obra más compleja de cuantas escribió el autor.

He aquí, pues, las líneas básicas de una privilegiada fuente de información de primera mano sobre esos cuatro años en la vida de Jovellanos, y por extensión, del país, teniendo en cuenta de que, como ya advirtiera Julio Somoza «el dar idea de su contenido llenaría muchas páginas» (p. XVI).

Nuria Dorrió